

Conmemoración del primer centenario del nacimiento de Pío Baroja

Presentación de Pío Baroja (28 de diciembre de 1872 - 30 de octubre de 1956).

Nace Pío Baroja en San Sebastián, el 28 de diciembre de 1872; por eso se celebra este año en España el centenario de su nacimiento.

Es su familia de procedencia vasca, pero se halla en él sangre italiana y francesa.

Su madre era una mujer de mucha bondad a la que se unía cierta serenidad o puritanismo.

Su padre era, según las propias palabras de Baroja, «bastante bohemio y de carácter arbitrario».

Don Pío no tuvo una infancia feliz (lo afirma él mismo en sus «Memorias»), y se sintió algo abandonado por sus padres que salían mucho e iban con frecuencia al teatro y así los niños quedaban solos en casa con la abuela o las criadas.

En 1879, la familia se traslada a Madrid porque el padre es destinado allí como ingeniero del Instituto Geográfico y Estadístico. Dos años después, a consecuencia de otro traslado, se instalan en Pamplona. Pero hay que pensar en la educación de los niños, y en 1886, la familia de Baroja está otra vez en la capital.

Quizás haya tomado Pío Baroja, desde pequeño, afición a los viajes, porque estas mudanzas parece que no le disgustan,

ya que ve otros ambientes, vive en otras casas, se encuentra con gente desconocida.

Mientras tanto Baroja, aficionado a los libros, lee mucho, lee todas las novelas españolas y extranjeras que tiene a mano.

Pero llega el momento en que tiene que elegir una carrera; piensa en estudiar medicina. Es la época de los entusiasmos y de las nobles indignaciones. Se da cuenta de que la sociedad española necesita urgentemente reforma y se apasiona por las teorías socialistas que se desarrollaban en la España de los primeros años del reinado de Alfonso XIII. Asiste a mitines y se siente, al poco rato, desilusionado, y, ya, muy joven, amargado. Eso no corresponde a sus ideas y aspiraciones.

Además tenía Baroja mal carácter y se enfada con todos, hasta con sus profesores de medicina que, por motivos en realidad de verdad poco valederos, le suspenden en sus exámenes con tanta obstinación que tiene que marcharse a otra universidad para licenciarse en medicina. Así es como acaba la carrera en Valencia, pero regresa a Madrid para doctorarse con una tesis sobre el dolor.

Baroja se instala de médico en Cestona, pequeño balneario, en las provincias vascongadas. Allí no se va a quedar mucho tiempo, porque encuentra hostilidad, oposiciones, rivalidades, mala voluntad. Se le reprocha, sobre todo, el haber escrito algunos artículos en unos periódicos izquierdistas de San Sebastián, y el ser anticatólico, anticlerical, y de modo más general, el ser ateo.

Al cabo de aproximadamente año y medio, abandona el oficio de médico para ocuparse de la panadería de una tía suya, en Madrid, buen motivo para regresar a la capital, cuyo ambiente correspondía más que el de Cestona a su temperamento y a sus aficiones. Pero este nuevo trabajo no le gusta mucho; tiene problemas con los obreros. No sabe mandar o, seguramente, no le gusta mandar a los demás; sobre todo, se siente atraído cada día más por la literatura. Entre facturas y letras, va aprovechando sus ratos libres para escribir cuentos, y así es como salen a luz sus «Vidas sombrías», en 1900, pero a cuenta suya, porque ningún editor quiso encargarse de la publicación del libro de un desconocido. La tirada no pasó de quinientos ejemplares. Sin embargo, esta obrita proporcionó mucha fama a Baroja entre los literatos, pero, de momento, muy poca entre el público (el libro se vendió muy mal). Los

elogios que le tributaron varios escritores le animaron a seguir escribiendo. Al año siguiente publicó, con más facilidad, su «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox», que le iba a abrir el mundo de la novela.

Por aquellos años, se había encontrado con Martínez Ruiz, más conocido por el pseudónimo de Azorín, con el que le unió una amistad de toda la vida, acaso la única tan duradera.

Se encuentra también con Ramiro de Maeztu, violento, agresivo, pendenciero, reñidor empedernido. Baroja, Azorín, Maeztu formaron el grupo rebelde llamado «Los tres». Estos escritores revolucionarios llamaron la atención con sus conferencias, sus artículos vehementes en extremo, pero asumados de un espíritu de reforma y regeneración. Lanzaron un manifiesto en el que denunciaban los defectos, los vicios, las lacras, las injusticias de la nación.

«Los tres» se presentan como antidemócratas, aborrecen al socialismo y defienden un imposible ideal anarquizante. Paradójicamente, el individualista, el anarquista o anarquizante Baroja piensa que un país habría de ser dirigido casi como se dirige una fábrica o una compañía minera; y llega a escribir, a modo de reacción contra la orientación política de aquel tiempo, estas sorprendentes palabras, en contradicción con su actitud personal y sus ideas fundamentales.

«España necesita una orientación y una autoridad, o lo que es lo mismo, una dictadura inteligente. Esto es lo que se necesita aquí, y nada más».

Mientras tanto, van creciendo sus dificultades con los obreros de la panadería. Por amor a la independencia, abandona su actividad comercial que, desde luego, le proporcionaba dinero, pero que le traía no pocos quebraderos de cabeza. Pío Baroja se orienta resuelta y definitivamente hacia la literatura.

Acostumbrado a los traslados y a los viajes desde su infancia, y además curioso por naturaleza, le gusta ver países nuevos que le enriquecen psicológica y literariamente. Su primer viaje en el extranjero se verificó aquel, para España, tan nefasto año de 1910. Fue a París, sin ningún motivo preciso, atraído quizás por el renombre internacional de la capital francesa. Allí se le acabó el dinero y fue el mismo Consulado el que le pagó el billete de ferrocarril para regresar a España, «como indigente», dice Baroja.

Hará un viaje a Londres, luego a Roma, más tarde visitará

la Europa del Norte (Bélgica, Holanda, Alemania, Dinamarca). Volverá otras veces a Francia, y en las peores condiciones para él, ya que pasó largos meses, en nuestro país, como exilado.

Si el grupo de «Los tres» se ha disuelto, Baroja queda aún animado por ardor revolucionario. Se adhiere al partido radical de Alejandro Lerroux. Baroja quería transformarlo en partido revolucionario «no para levantar barricadas, dice, sino para fiscalizar, para intranquilizar, para protestar de las injusticias». Pero se da cuenta pronto de que es un sueño. Entonces abandona el partido radical y la política. En realidad no le tenía mucha estima a Alejandro Lerroux, del que dice en sus «Memorias» que no era «un homme politique, mais un politicien» [sic], añadiendo que el que sabe un poco de francés, ya advierte la diferencia de una cosa con otra.

No estaba hecho Baroja para la política. Quizás esto explique esta opinión suya: «La política no me interesa nada; lo único que me pasa con ella es que me repele».

Es Baroja ferozmente individualista e independiente, no quiere someterse a nadie. No admite cualquier intriga o chanchullo. Prefiere quedarse siempre atrás para poder criticar más a gusto. Empeño demoledor que ni siquiera está compensado por un intento de edificación generosa y factible. Acaso no sepa él mismo exactamente lo que quiere. Lo que sí defiende es su independencia, y por eso desconfía de todos. El ejemplo que voy a relatar es muy evocador de esta actitud. Se hallaba Baroja en Madrid cuando se proclamó la segunda República, en 1931. Se preparaba a irse a su pueblo vasco de Vera. Se encuentra en la calle con un conocido suyo, y se entabla el siguiente diálogo:

—¿Qué anda Vd.?

B. — He salido a tomar los billetes para el tren.

—Pero, cómo, ¿se va Vd.?

B. — Sí, me voy al pueblo, como todos los años.

—Pero, ¿no va Vd. a presentarse al Gobierno?

B. — Yo ¿al Gobierno?? ¿Para qué?

—Pero, ¿no es Vd. republicano?

B. — Muy poco republicano.

—Pues, ¿qué es Vd.? ¿Monárquico?

B. — No; hasta ahora he sido de los del individuo contra el Estado. Después, no sé...

Sigue Baroja escribiendo, sigue publicando novelas y ar-

ticulos. Su obra es ya muy extensa. Es un escritor conocido en España y en el extranjero. Se traducen sus libros a varios idiomas. Se le nombra Académico y el día 12 de mayo de 1935, es recibido triunfalmente en la Real Academia Española, que por aquellos años, había perdido su primer calificativo. Nunca había acudido tanta gente para presenciar el acto, sea en el salón de la Academia, sea en la calle. Habían venido numerosos admiradores suyos, de todas las clases sociales, empleados, obreros, oficinistas, literatos, muchos libreros de viejo madrileños que Baroja conocía personalmente. Leyó Pío Baroja su discurso sobre «La formación psicológica de un escritor» que es más su propia biografía. El novelista recibió aquel día, con los nutridos aplausos de la multitud, un testimonio conmovedor de simpatía, admiración y fervor colectivo. Y sin embargo, ¡qué contraste entre el hombre a quien se podía ver paseando todas las tardes por las calles de Madrid, con su boina y su chaqueta mal cortada con los bolsillos deformados por papeles y libros, y el elegante académico con frac y nudo mariposa, en medio de personajes oficiales, vestidos de uniforme, al lado de generales y sacerdotes! Aquel hombre «solitario y antiespectacular», como decía Gregorio Marañón, no cambió nada en su modo de vivir y de pensar, después de ingresar en la Real Academia Española. Pues bien, ¿no parece sorprendente el ingreso de Baroja en la Real Academia? Desde luego, no había pedido nada. Aceptó el homenaje aquel escritor que pasaba por anarquista. ¿Ambición? ¿Orgullo? ¿Flaqueza humana? ¿Olvido de la antigua rebelión contra las entidades oficiales? ¿Ruptura con su propio pasado y forma de ser? No podemos menos de subrayar esta contradicción.

A poco de estallar la guerra civil, Baroja se marcha a Francia, como lo hicieron Gregorio Marañón, Azorín, Pérez de Ayala y otros. Vive en París, en el Colegio España, de la Residencia Universitaria.

En 1940, regresa a Vera, y luego se traslada a Madrid que era, por aquellos años, una capital medio arruinada.

Hacia 1942, le animan a escribir sus «Memorias». Cuando se publican, es un sonoro éxito. Se vuelven a editar sus obras y las dificultades económicas del novelista desaparecen.

Sigue escribiendo incansablemente, como si nunca lo hubiera hecho, y no se encuentra en sus obras de aquella época ninguna amargura y aspereza por las numerosas críticas que

le hicieron de todos lados. El tono no ha cambiado, algo melancólico, escéptico, senequista.

En su casa de la calle Ruiz de Alarcón, numerosos admiradores vienen a visitar al viejo escritor a quien le gusta «hacer un poco de tertulia», ya que, por los achaques de la vejez, no lo puede hacer al aire libre, en la calle.

Perdida la memoria desde hacía muchos meses, Baroja se muere el 30 de octubre de 1956, a los 83 años de edad.

La obra de Pío Baroja es enorme: unas setenta novelas, a las que hay que añadir numerosos artículos, ensayos, críticas literarias, obras de teatro y poesías. Su fecundidad puede compararse con la de Benito Pérez Galdós, en el siglo XIX.

Tiene propensión a la novela cíclica —como Balzac y Zola, por ejemplo— y a las trilogías que le permiten el desarrollo libre de un tema. Citaré entre las más conocidas «La lucha por la vida» formada por «La busca», «Mala hierba», «Aurora roja»; o bien «Agonías de nuestro tiempo» (con «El gran torbellino del mundo», «Las veleidades de la fortuna», «Los amores tardíos»); o bien «La selva oscura» (con «La familia de Errotacho», «El cabo de las tormentas» y «Los visionarios»). Las «Memorias de un hombre de acción» abarcan veinte y dos novelas. Es una especie de crónica de las guerras en la España del siglo XIX, con un personaje principal, Eugenio de Aviraneta, que era pariente del novelista.

Si se inspira en la historia, también se inspira en sus numerosos viajes por España y por Europa; así se puede decir con Federico de Onís que en las novelas de Baroja:

«...están las provincias vascas, la vida madrileña, la de los campos y ciudades del resto de España; la vida de los españoles en el extranjero; la de los extranjeros en Europa; el mar y la tierra, el campo y la ciudad, la vida sedentaria y la vida viajera, la paz y la guerra, lo nacional y lo cosmopolita. A través de sus páginas hallamos entremezcladas cosas de la más diversa calidad y sentimos las más encontradas emociones: páginas de ternura candorosa y de sarcasmo corrosivo, de rebeldía y de resignación, de simpatía compasiva y de inplacable indiferencia, de risa franca y de dolor sombrío, de exaltación romántica y de realismo repugnante».

Interesante sería conocer o intentar conocer la ideología barojiana para comprender la orientación y las ideas básicas de sus novelas.

Baroja es escritor que experimentó simpatías por el anarquismo. Cuando estuvo en París, en 1898 se halló metido en un ambiente marcado por los famosos anarquistas, Ravachol, Vaillot, Henry. Conoció a anarquistas italianos. También en España estaba de moda el anarquismo destructor y agresivo que se manifestó por algunos atentados (asesinato de Cánovas en 1897, de Canalejas en 1912, de Eduardo Dato en 1921). Conoció Baroja al socialista Pablo Iglesias (al que considera como jefe anarquista) y a Buenaventura Durruti, hombres fanáticos a su modo y completamente distintos. Dice de ellos: «Pablo Iglesias era un doctrinario; Durruti era un hombre de acción atrevido y valiente». Le interesan los extremistas, pero estos hombres le dejan al fin y al cabo, una impresión triste y amarga, porque Baroja (como el americano Faulkner, por ejemplo) es enemigo de la violencia y de los excesos, y eso que, en varias novelas suyas, ha predicado la destrucción y la revolución total.

Cuando era estudiante, se sentía Baroja entusiasta de la revolución francesa «más por su aspecto espectacular y por sus frases que por sus decretos». Las frases de Mirabeau, de Danton, de Vergniaud me maravillaban. Aquella retórica efectista me sorprendía. Pronto perdí el entusiasmo revolucionario y fui evolucionando hacia una tendencia escéptica, agnóstica y medio budhista».

Confiesa también en sus interesantísimas «Memorias», que se sentía más inclinado a la tendencia anarquista de la que le bastaba su espíritu crítico, medio literario, medio cristiano. No acepta que le hayan acusado de haber sido anarquista teórico. «Es una acusación absurda y sin ninguna base. Un anarquista teórico es un iluso, un ferviente del optimismo, y yo no tengo nada de iluso ni de optimista, ni lo he tenido nunca. El anarquista teórico cree que el hombre es bueno y que todas las imposiciones de los códigos son perjudiciales.

Teórico del anarquismo no lo ha sido, pero sí difundidor de las teorías anarquistas. Encontraba en ellas la única manera de despertar a la gente, de obligar a que se abriesen los ojos y se hiciese la pregunta: ¿por qué hacen eso? ¿por qué destruyen? ¿Por qué? No es que Baroja apruebe la manía destructora del anarquismo, sino que ve en ella la posibilidad de llamar la atención de los responsables sobre el envejecimiento y el estancamiento de España, sobre la urgente necesidad de

hacer reformas, de transformar el país para renovarlo. Esto explica su simpatía con teorías políticas extremistas y los ataques vehementes que dirige a todo y a todos, porque en todos los responsables, en todas las entidades encuentra algo que criticar: partidos políticos, iglesia, estado, gobierno, academia, profesores, escritores, parlamentarios, etc. Eso pone de relieve la doble tendencia contradictoria, el trágico conflicto entre su ideal y los medios para conseguirlo. Así habían entendido sus coetáneos a Baroja. En un dibujo satírico de la época, muy sugestivo y pertinente, aparece el novelista vestido de frac, con largo rosario cuyas cuentas han sido sustituidas por pequeñas bombas. Por eso se puede decir que es Baroja más bien que anarquista, anarquizante, aún cuando afirmaba en «Juventud, egolatría» (1917): «yo he sido siempre un liberal radical, individualista y anarquista». Don Pío es un hombre fundamentalmente bondadoso, enemigo de la injusticia, que tiene una imposible visión utópica del mundo. A lo largo de su vida Baroja ha evolucionado y parece corregir en su vejez, a la luz de los acontecimientos y de la experiencia, los excesos e ímpetus juveniles.

Hombre del 98, reacciona como todos los intelectuales y pensadores de su generación (Unamuno, Ganivet, Valle Inclán, Azorín, Maeztu, etc.), ante el estancamiento y los desastres nacionales. Adopta como todos los noventaiochistas una posición antiespañola. España es un país demasiado aislado, prisionero del pasado y de la tradición, que tiene que abrir sus ventanas, como decía Unamuno, a Europa para recibir un aire vivificante y rejuvenecedor. El anarquismo, demoledor de por sí, es, para Baroja, una especie de trampolín merced al cual intenta conseguir la salvación de su país. Pero detrás de su actitud anarquista, se oculta un sentimiento patriótico innegable. Dice así:

«Para mí, la única forma de patriotismo simpático consiste en aceptar al país, primero como un hecho biológico; después, en conocer sus males y querer remediarlos, en competir con los demás pueblos en ciencia, en justicia, en humanidad. Creo que España debe colaborar con los pueblos de Europa en todo lo genérico, pero que debe esperar a diferenciarse en lo artístico y literario de los demás países y a independizarse en la esfera de la moral».

Unos años más tarde, hacia 1920, en una conferencia leí-

da en Bilbao expresaba Baroja sus ideas sobre España, las cuales siguen el cauce del 98:

«Yo quisiera que España fuera moderna, persistiendo en su línea antigua; yo quisiera que España fuera un foco de cultura amplio, extenso, un país que reuniera el estoicismo de Séneca, la serenidad de Velázquez, la prestancia del Cid y el brío de Loyola. El devenir de España estará en la fructificación y en el equilibrio de todos sus elementos étnicos».

Cuando se sabe que patriotismo y anarquismo no suelen congeniar, ¿cómo puede ser que hayan salido de la misma cabeza esta noble defensa patriótica de España y ese afán de revolución total que aparece en algunas novelas de Baroja? Bien se ve que una cosa es la ficción y otra la realidad.

Pero, ¿cuáles son sus ideas personales sobre la vida y el hombre? En una palabra, ¿cuál es su filosofía?

En su tesis doctoral de medicina sobre el dolor afirmaba Baroja que la vida, en su estado normal, no despierta más que sensación de indiferencia. Para él, la vida es algo doloroso, vacío y absurdo. Adviertan ustedes que Baroja era muy joven —apenas unos veinte y dos años— cuando redactó esta teoría del dolor que es, en realidad, una teoría pesimista de la vida. Eso podría llevar a la negación de todo, y, primero, del ser humano, con el suicidio. Pero en sus novelas pasa lo contrario, y casi todos sus personajes mueren naturalmente. El mismo autor, por otra parte, confiesa en «Juventud, egolatría» que es epicúreo, que su propia vida le parece un camino que va de Dionisos a Apolo, y que admira particularmente a Schopenhauer y a Nietzsche. El novelista nos mete en un mundo de contradicciones porque de sus obras se desprende una impresión de pesimismo y de «nihilismo espiritual». En sus «Memorias», reconoce que es «efectivamente un pesimista teórico respecto al cosmos». Este es su modo de pensar y de ser. Habrá intentado apartarse del pesimismo ya que afirma: «a mí me gustaría no ser pesimista; pero lo soy, tanto por instinto como por experiencia». Sin embargo, añade esta muy curiosa advertencia: «No hay un pesimista triste y lacrimoso, sino más bien un pesimista estoico y, a veces, jovial».

Para Baroja, la vida deja de ser absurda cuando la mueve y anima la acción. Esta es una de las ideas principales de su filosofía, encontrada en Schopenhauer. De allí procede una especie de idealización de la acción que viene a ser como una co-

ronación de la vida, porque la acción engrandece y ennoblece al hombre. El título y contenido de «Memorias de un hombre de acción» es una ilustración de esta teoría.

Ese Baroja «humilde y errante» (según sus propias palabras) en quien nadie se fijaba porque era ni muy alto ni muy bajo, ni grueso ni flaco, un poco encorvado y mal vestido, tuvo gran admiración por el superhombre nietzscheano. Posiblemente le hubiera gustado ser uno. Pero hay contradicción entre la construcción nietzscheana y la realidad biológica barojiana. Es un choque tremendo pero íntimo entre la ambición y los límites humanos. Esto puede explicar, acaso, ciertos aspectos psicológicos de la posición anarquizante de Pio Baroja.

Ya que no cree en nada y lo rechaza todo, en bloque, no se preocupa por reflexionar sobre las interpretaciones tradicionales del mundo, sobre el más allá cristiano, sobre el nacer y el morir, sobre el problema metafísico; y sin embargo, pugna por encontrar, quizás con más ahínco que la mayor parte de sus coetáneos, una explicación racional del mundo y un sentido satisfactorio de la vida. Escribe estas frases extractadas de «El árbol de la ciencia»:

«...Yo busco una filosofía que sea primero una cosmogonía, una hipótesis racional de la formación del mundo; después, una explicación biológica de la vida del hombre..., una síntesis que complete la cosmogonía y la biología, una explicación del universo físico y moral».

Como Benito Pérez Galdós, tiene confianza en la ciencia (no olvidemos su formación de médico), lo cual es, para él, «la única verdad, la única seguridad, y a esa tenemos que ir con fé de ojos abiertos». («Divagaciones apasionadas»).

Voluntad, acción y ciencia constituyen, al parecer las tres líneas fundamentales alrededor de las cuales se mueve el novelista. Eso podría llevar a una exaltación del hombre y encontramos en la obra de Baroja lo contrario: el hombre aparece como un ser sin sentido, incapaz de hallar la salida de la jaula en que está encerrado. Aunque no está solo en la jaula, el hombre está aquejado por el mal terrible que se llama soledad. Ya en su niñez, y luego a lo largo de su vida, Baroja se halló solo. En honor a la verdad, reconoce que es «poco sociable» y «un tanto selvático». «Me gusta la soledad, dice también el novelista, una pequeña parte del día, pero me gusta y me parece necesaria la vida social». No tuvo ánimo para ca-

sarse, pero no se le puede considerar como misógino. Quizás por orgullo, timidez o egoísmo, Baroja quedó soltero y dio la siguiente explicación sobre el por qué no se había casado: «No he encontrado una mujer que me gustara exclusivamente hablar con ella y a ella le gustara hablar conmigo». Cualquiera que fuese el motivo de no haberse casado nunca Baroja aguantó la soledad en silencio, pero viviendo con extraordinaria intensidad en el inmenso mundo interior de sus creaciones novelescas.

El pensamiento barojiano representa el drama desgarrador del hombre solo, sin esperanza y que no cree en nada. El problema vital barojiano, con su rebeldía, su cinismo y su pesimismo viene a ser como una prefiguración del existencialismo, al estilo del escritor francés Jean-Paul Sartres.

Todo eso pone de relieve los anhelos angustiosos de un hombre que anda tras la verdad, o, a lo menos, tras una verdad; subraya, sobre todo, la complejidad filosófica del pensamiento de Baroja y las actitudes contradictorias que se pueden encontrar a través de sus novelas, las cuales seducen al lector por una prosa sencilla, clara, escueta, precisa, «prosa de diagnóstico» según decía Azorín.

La obra de Baroja es inmensa. Es la mayor contribución novelesca a la literatura de nuestro siglo. Ha cultivado la novela realista, la novela romántica, la novela histórica, la novela de aventuras, la novela-reportaje, la novela dialogada, el cuento, el folletín psicológico, y ha escrito los siete tomos de sus emocionantes «Memorias», que representan (además de ser, acaso, lo mejor de su creación literaria) la más auténtica historia de los cincuenta primeros años del siglo XX y el enjuiciamiento objetivo y despiadado de su obra, de sus propios anhelos, fracasos y desilusiones.

André NOUGUE

Universidad de Toulouse-Le Mirail